



## EL SACRAMENTO DE LA BONDAD DE DIOS

*In funiculis Adam tra-  
him eos, in vinculis cha-  
ritatis.*

«Traerlos he á mi con  
los lazos del amor...»

(Os., XI, 4.)

### I

**E**s cosa cierta que todo el que recibe dignamente la sagrada Comunión siente una felicidad y gusta de cierta dulzura, que sólo se halla en este Sacramento. ¿Por qué desea Dios tan vivamente comunicarnos su dulzura y suavidad en la Eucaristía? Porque no hay más que una sola cosa capaz de unirnos estrechamente con Él: su bondad. La simpatía sólo se da entre iguales: á los poderosos les cerca la envidia; los Reyes no tienen amigos, si ellos no descienden para buscarlos. Ante el poder de Dios temblamos nosotros; su santidad no nos une á Él. Pero por causa de su bondad le amamos: sabemos que quiere salvarnos, que se humilla hasta llegar á nuestra bajeza; los misterios de la vida del Salvador que más nos mueven á amarle

son aquellos en que se nos muestra su bondad de un modo más tierno y expansivo: Sólo la bondad de Dios puede unirnos á Él de un modo permanente. ¿Cuando vemos á Nuestro Señor adorado en el mundo con mayor amor?

Adoráronle los Magos en la cuna, porque en ella se mostraba enteramente digno de ser amado. El ciego de nacimiento quiere seguir á Jesús, movido del amor que el mismo Jesús le había manifestado. Magdalena, perdonadas ya sus culpas, siente que en su corazón se enciende un fuego que ya no se extinguirá. ¡Tanta fué la bondad que el Señor mostró para con ella! Sí: indudablemente lo único que nos atrae es la bondad. Por esta razón la Iglesia, que tan profundamente conoce el sentido de las cosas divinas, dice en una de sus oraciones: *Deus, cujus natura bonitas...* ¡Oh Dios! cuya naturaleza es la bondad... ¿Mas acaso no son igualmente esenciales en Dios todos sus demás atributos? En verdad cada uno de ellos pertenece á su esencia, y todos son iguales en Él; pero acá en la tierra, á nuestros ojos, la naturaleza de Dios es ser bueno. *Deus, cujus natura bonitas...*

## II

Siguese de aquí que debemos amar más á Nuestro Señor allí donde más se nos manifiesta su bondad. ¿Mas no es en la Eucaristía donde más espléndidamente se manifiesta la bondad de Nuestro Señor? Dice el Concilio de Trento que en la sagrada Comunión ha derramado Dios con profusión las riquezas de su amor. *Divitias amoris sui velut effudit*. Este es el término de su amor. Ya no puede Dios hacer más

que dársenos Él mismo. En la sagrada Comunión recibimos á Jesús como Dios y como hombre, con los merecimientos de su vida mortal y de todos sus estados; recibimos la redención y todos sus frutos, y la prenda de la futura gloria. Recibimos la mayor suma de felicidad que Dios puede otorgarnos acá en la tierra.

Esta felicidad la sentimos nosotros, y es necesario que la sintamos; porque sin gustar de la suavidad que produce en el alma el estar unida con Dios, es muy difícil, ordinariamente hablando, perseverar en estado de gracia.

La penitencia nos torna al estado de gracia, sana las enfermedades de nuestra alma; pero es un remedio violento, una victoria costosa, y después de haberla alcanzado sentimos el cansancio consiguiente al combate. Este Sacramento que nos da la vida no será bastante para que la conservemos mucho tiempo, porque con sólo el nunca pasamos del estado de convalecencia.

Mas ¿qué será preciso para que llegemos á gozar de la plenitud de la vida y á ser fuertes y vigorosos? La Eucaristía, que es bálsamo, calor suave y bienhechor, la leche de Nuestro Señor, como dice el Profeta: *Ad ubera portabimini*. Después de haber recibido el sacramento de la Penitencia, la Eucaristía nos da plenamente la paz. Es necesario que oigamos de labios del mismo Salvador palabras que nos den ánimo y fortaleza: «Id en paz, y no pequéis más.» palabras que salen de su corazón y descienden como celestial rocío sobre nuestro corazón, llagado y dolorido.

La Comunión produce la constancia perseverante. No hay cosa que tanto desanime y abata el ánimo

como el considerar cuán largo es el camino que hay necesidad de recorrer. Esta es la tentación más frecuente de los que comienzan: «Yo no podré perseverar durante tanto tiempo.» ¡Si queréis perseverar, recibid á Nuestro Señor!

El que comulga puede perseverar en estado de gracia para el cielo. Mas ¡qué lejos está el cielo! ¡Qué viva fe es necesaria para mirar siempre con los ojos fijos tan á lo lejos! La vida de fe es un continuo sacrificio, un combate sin tregua ni descanso, en el cual carecemos de fuerza actual que nos dé ánimo y fortaleza. Somos como viajeros, lejos de nuestra patria, á quienes cansa y desalienta lo largo del camino. Comulgando sólo raras veces, es difícil perseverar largo tiempo en estado de gracia, y si por ventura perseveramos en él, tal estado de gracia no es puro ni hermoso: el polvo del camino se adhiere á él y enturbia su esplendor. La experiencia da testimonio de esta verdad.

Pero comulgando, ¡cuán fácil es mantenerse en estado de gracia con toda pureza! El que recibe la sagrada Comunión conserva cuidadosamente la gracia, no con un fin lejano, sino teniendo á la vista un fin próximo que ha de alcanzarse mañana, hoy mismo. Sabe que la gracia es la vestidura de honor, el derecho de tomar parte en el banquete, y huye el pecado movido de amor, por no verse privado de recibir la sagrada Comunión: la Comunión es entonces un obstáculo contra el pecado, y de esta suerte podemos fácilmente abstenernos de pecar durante toda la vida. Hablo del pecado voluntario.

¿Es posible que un alma que comulga todos los días consienta en la tentación? Sabe que el pecado la privaría del bien que tanto desea; tiene presente

que va á comulgar, y este pensamiento la sostiene, la anima y la impide caer.

Yo, por mi parte, declaro que no comprendo cómo pueda el alma perseverar en estado de gracia si no comulga con frecuencia.

Este es, por otra parte, el espíritu de la Iglesia: por medio de la voz del Concilio de Trento nos exhorta á comulgar frecuentemente. No falta quien diga que de este Sacramento se debe usar con mucha prudencia; que en teoría tiene razón la Iglesia, pero que en la práctica sólo raras veces se debe seguir este consejo. «Basta—dicen—que los fieles en general comulguen en las festividades solemnes.» A esto diremos que la Eucaristía, recibida tan de tarde en tarde, será un manjar extraordinario. ¿Y dónde se nos dará el pan de cada día, de que habemos necesidad para mantenernos? ¿Cómo se conservará en mí el amor de Dios, que constituye la vida y el mérito de las virtudes cristianas?

Pregúntase á veces por qué razón Europa ha perdido la fe. Porque los fieles no han recibido con frecuencia la sagrada Comunión. El jansenismo ha alejado á los fieles de la sagrada Mesa: los cristianos han dejado de sentir con Jesús, han perdido la fe y el amor, se han tornado torpes y paralíticos, y caen en la inacción. ¿Cuál será el medio de volver á ellos la fe? Dadles el Pan substancial que la Iglesia les ofrece; conducidlos al Foco eucarístico; ponedlos bajo la influencia de este Sol vivificador. Muchos libros se escriben y muchos discursos se pronuncian con el fin de volver los pueblos á la fe; pero la fe no discurre: la fe es la gracia, y es preciso ir á buscarla en su fuente, en la sagrada Mesa.

La Comunión hace, pues, amable el estado de

gracia y asegura la perseverancia en tal estado, porque el fin próximo y directo de ella es Jesucristo. Ella hace fáciles y duraderas las virtudes, porque alimenta en nosotros el amor de Dios; las hace dulces y amables dándolas un objeto vivo y animado. No nos cansemos, pues, de exhortar á los fieles á comulgar con frecuencia. El comulgar frecuentemente no es abusar de este Sacramento. ¿Acaso abusa de su padre el hijo que le visita y nunca se separa de su lado? Pues lo mismo que un hijo con su padre ha de haberse el alma fiel con Nuestro Señor.

Preparémonos, pues, mediante la Comunión, á obtener la felicidad del cielo. En el cielo recibiremos perpetuamente á Nuestro Señor, y viviremos de su conocimiento y de su amor. Comulguemos, pues, ahora dignamente, y estaremos dispuestos á comulgar en el cielo: la Comunión recibida digna y frecuentemente es prenda segura de la eterna bienaventuranza.



## EL SACRAMENTO DE VIDA

*Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.*

«Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebieréis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.»

(JOANN., VI, 54.)

**E**s la Encarnación, según el juicio de todos los Santos Padres, una segunda creación: en Jesucristo hemos sido creados de nuevo, y rehabilitados: en Él hemos recobrado nuestra vida, nuestra dignidad: *Recreati in Christo Jesu.*

Esto mismo puede decirse de la Eucaristía, que no es otra cosa sino la extensión de la Encarnación. Veamos cómo hemos recobrado, mediante la Eucaristía, la vida, la vida divina que el pecado original habia destruido en el género humano.

### I

«El que come mi carne—ha dicho Jesucristo—tendrá la vida; si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en

vosotros.» ¿Mas no nos ha dado el bautismo la vida diaria haciéndonos hijos de Dios? ¿No nos ha vuelto á dar esta misma vida la penitencia cuando nos ha sobrevenido la desdicha de pecar? ¿Qué significa, pues, esta palabra que pronunció Jesucristo, confir-mándola con un juramento? ¿Qué contradicción es ésta que á primera vista parece en la doctrina católi-ca? No hay contradicción ninguna. La Eucaristía es el Sacramento de la vida, porque nos da la perfección de la vida, porque nos da la vida más completa y perfecta. Un niño recién nacido vive, sin duda; también goza de la vida el convaleciente que acaba de salir de alguna enfermedad; pero si al tier-no infante le dejáis solo, si al convaleciente no le dáis medicinas y manjares con que se restauren sus fuerzas, no tardarán el niño en perder la vida que acaba de recibir, y el enfermo en recaer en la enfermedad. El Bautismo y la Penitencia, nos dan, en efecto, la vida, pero no bastan para mantenernos en ella. Cuando Jesús resucitó á la hija de Jairo, luego ordenó que dieran de comer á la niña; la vida y el manjar que la sustenta son inseparables entre sí; es necesario comulgar, so pena de decaer y desfallecer de día en día; el cristiano sin la sagrada Comunión no puede vivir vida de ángeles. Sin duda puede merecer y trabajar para alcanzar la bienaventuranza desde el momento en que se halla en estado de gracia; mas para que persevere trabajando y mereciendo, preciso es que reciba el manjar de los fuertes. Ningún otro medio puede darnos las fuerzas necesarias para luchar en el rudo é incesante combate de la vida.

La oración, con ser tan buena y necesaria como es, os fatigará; y si no está sostenida por la Comunión, día llegará en que dejéis de orar.

Para vivir vida penitente, para adelantar en el estrecho sendero de la cruz y de la muerte, necesario es que obedezcamos á cierto impulso divino, que no es sino la presencia de Jesucristo renovada con frecuencia en nuestro corazón.

Parece contradecir esta verdad el ejemplo de los anacoretas que vivían en lo más escondido del desierto; pero se sabe que aquellos monjes venían todos los domingos á comulgar al monasterio. Para adelantar en tal estado, aquellos piadosos varones necesitaban de la Comunión más que otros. Porque partiendo del deseo y propósito de vivir santamente, tanto más imperiosa es la necesidad de comulgar, cuanto mayor sea la pureza á que el cristiano aspire. Aquel género de vida suponía mayores sacrificios; era, pues, necesario que el que los hacía necesitara de mayores fuerzas. Cuando hayáis de hacer rudos esfuerzos, alimentáos abundantemente. Considerad la Comunión como el medio de sostener y aumentar vuestras fuerzas. No es un acto de virtud sublime y difícil; no se os propone como recompensa de vuestras virtudes: no porque seáis Santos habéis de comulgar, sino para llegar á serlo. El principio es el siguiente: comulgad por lo mismo que sois flacos y os abaten los trabajos de la vida cristiana: «Venid á mí todos los que estáis atribulados, que Yo os consolaré.» Si alguna vez no sentimos por ventura descanso y fortaleza después de la Comunión, la razón es porque la convertimos en un acto de virtud difícil, porque nos fatigamos practicando mil actos de devoción, porque, en una palabra, trabajamos, en vez de alimentarnos con ella y de reposar en ella. Recibir á Nuestro Señor y permaneced

tranquilos. ¿Por qué os agitáis? A los banquetes no se va á tratar de negocios: tomad, pues, de este manjar celestial, y pues coméis del manjar de los ángeles, permaneced algún tiempo en contemplación como los ángeles. No aprovecháis el tiempo de gustar de Nuestro Señor, ¿y sentís inquietud porque no habéis experimentado consuelo? Imitad en vuestra alma á los cartujos, que durante el tiempo de la acción de gracias permanecen postrados en tierra al pie del altar. No faltan almas piadosas que dicen: «A mí no me aprovecha la Comunión, porque no advierto consuelo ninguno.» Falso discurso es éste. Puesto que vivís, aprovecháis. No es preciso hacer actos heroicos de virtud ni sacrificios muy costosos para demostrar que hemos comulgado dignamente. La Eucaristía es fortaleza ó dulzura, y así está prefigurada en todo el Antiguo Testamento: aquí bajo la figura de un Pan que contiene toda suavidad; allí en forma de Pan misterioso que se da al profeta Elías que se hallaba desmayado, y le da fuerzas para proseguir su camino; en otro lugar bajo el símbolo de la nube del desierto que daba frescura durante el día, y luz y calor durante la noche. Así es la Eucaristía. Si os sentís débil, os da vigor y fortaleza; si estáis cansado, os da descanso: es por su naturaleza un auxilio proporcionado á las necesidades de cada uno.

Siguese, pues, de todo cuanto hemos dicho, que si queréis ser vigorosos, si queréis tener en abundancia la vida de que habéis necesidad, es preciso que recibáis la sagrada Comunión. «El que cree en mí, será salvo», ha dicho el Señor; y hablando de la Eucaristía: «El que coma de mi carne, tendrá la vida.»—La abundancia de la vida, no un hilo de vida, sino la fuente de la vida, el océano de la vida;

vida que se alimenta por sí misma, y que dura siempre, con tal que queramos de veras conservarla; vida que es la vida de Jesús, vida de amor, que dura en tanto que dura nuestro amor, y el que vive de acción de gracias tiene en sí la verdadera vida de Jesús. Es, en verdad, muy breve el tiempo durante el cual permanece materialmente Jesús en nuestros corazones después que recibimos la sagrada Comunión; pero los efectos de ella duran, su espíritu permanece en nosotros: las sagradas especies son como la envoltura en que va oculta una medicina; la envoltura se rompe y desaparece para que el remedio produzca efectos saludables en el organismo.

No comprendo cómo se puede conservar la inocencia en medio del mundo sin comulgar. Sin la Comunión no es posible adelantar en la virtud. No falta quien dice: «Yo no necesito comulgar con frecuencia, pues estoy tranquilo.» ¡Ah! Esa calma es presagio de alguna tempestad. No te engañen tus pobres virtudes, no creas en esa paz, no descanses tanto en tí mismo; mira hacia adelante, y, para poder progresar, recibe la sagrada Comunión. Cierto que en este punto debes seguir la conducta que te prescribe el confesor; pero puedes exponerle tus deseos y tu necesidad. El juzgará en su prudencia.

Pero, por desdicha, hay muchos que, aunque tienen el permiso de su confesor, se excusan so pretexto de cansancio, de enfermedad ó de falta de devoción. Todo esto es artificio del demonio; y si una vez consigue su intento, siempre te ofrecerá los mismos pretextos.

Esta conducta es descortés para con Nuestro Señor, y aun desagradecida é injuriosa. El permiso de vuestro director es la invitación que os hace Jesús

para que os acerquéis á la sagrada Mesa. ¿Te atreverás á negarte á aceptar esta invitación? De esta Comunión que has dejado de recibir se te pedirá cuenta, como se le pidió al siervo negligente de que habla el Evangelio, por haber enterrado el talento que recibió para que negociara con él.

Animo, pues; llegáos á menudo á la sagrada Mesa en demanda de fortaleza, y en ella hallaréis una vida activa y poderosa. ¡Plegue á Dios que esta vida crezca en vosotros hasta que Dios la torne en vida de eterna bienaventuranza!



## LA REHABILITACIÓN POR MEDIO DE LA EUCHARISTÍA

*Deus, qui humanæ  
substantiæ dignitatem  
mirabiliter condidisti et  
mirabilius reformasti...*

«Oh Dios, más admirable en la restauración que en la creación de la naturaleza humana!»

(Mis. Rom.)

**U** Jesús ha establecido la Eucaristía para rehabilitar al hombre. El hombre ha sido degradado y envilecido por el pecado original; se ha olvidado de su origen celestial, ha perdido la dignidad de rey de la creación; se ha hecho semejante á los animales sobre los cuales había de dominar, y se ha lanzado en medio de ellos: si son débiles, huirán; si son fuertes, le atacarán: el pecado ha hecho al hombre, de señor que era de ellos, su mayor enemigo. El hombre es rey por naturaleza, y seguirá siendo rey, pero rey destronado.

Pero todavía se degradará más vergonzosamente el hombre privado de su reino, cometiendo pecados voluntarios; descenderá al nivel de los brutos: tanto se degradaron los hombres por el pecado, que se cre-

veron semejantes á ellos y los hicieron dioses suyos, y se postraron en su presencia. Tan envilecido se creía el hombre, que sintió cierta secreta necesidad de adorar á seres que no le avergonzaran, pues huía de su Criador y no se atrevía á sostener sus miradas. Mas he aquí la invención divina, y cuán admirable por cierto: si Dios llamara á sí al hombre en tan miserable estado, el hombre se avergonzaría. Por eso quiso Dios rehabilitarlo y tornarlo digno de honor; y como el manjar y el vestido son las cosas que más aproximan á los hombres entre sí, Dios les dará otro manjar y otros vestidos: les dará un vestido y una manjar divino, y esta será la rehabilitación del hombre.

El Bautismo purificará á los hijos de Adán; las virtudes de Cristo los embellecerán y la Eucaristía los santificará. El hombre se verá elevado y honrado, pues Jesucristo reviste al sacerdote de su propio cuerpo: *De suo vestiens sacerdotis*, como dice Tertuliano; el sacerdote es otro Jesucristo, que se alimenta de Jesucristo, su voluntad es la voluntad de Jesucristo, es el mismo Jesucristo viviendo todavía. Y todos los fieles que comulgan participan de este privilegio, y cada uno de ellos unido á Jesucristo es infinitamente digno de honor: nos sentiríamos movidos á postrarnos de rodillas ante el cristiano que ha recibido la sagrada Comunión, y á adorarle. ¿Por qué venera la Iglesia con tanta piedad las reliquias de los Santos, sino porque los mismos Santos recibieron á Jesucristo y fueron miembros incorporados á su cuerpo, y miembros de su mismo cuerpo? Todavía digo más: mediante la Comunión somos elevados sobre los ángeles, si no en naturaleza, al menos en honor. ¿No nos convertimos, recibiendo la Eucaristía,

en parientes del mismo Jesucristo? Los ángeles, con ser sólo ministros suyos, están con mucho respeto en torno de nosotros cuando hemos comulgado, tributándonos sumo honor. He aquí cómo el hombre es elevado por la Eucaristía sobre su estado anterior al pecado original. El hombre, si hubiera permanecido siempre en la inocencia, sería inferior á los ángeles, mientras que regenerado después de la caída, ha venido á ser consanguíneo del mismo Jesucristo por la Eucaristía, y puede sentarse en el cielo en un trono más alto que el de los espíritus celestiales. Y cuanto mayor sea la frecuencia con que comulgemos, más resplandeciente será nuestra gloria, y cada una de nuestras comuniones aumentará el brillo de nuestra corona.

Mas, humanamente hablando, ¿por qué sucede á veces que ciertas personas, algunos sacerdotes, por ejemplo, inspiran desde el momento en que los vemos un como respeto religioso? Porque desde luego reconocemos á Jesucristo en ellas: Jesucristo se muestra y se da á conocer obrando desde el corazón de estas personas en todo su porte y en su conducta, como la violeta, cuyo aroma nos recrea antes de que lleguemos á verla. Más todavía: si Jesucristo no ocultara su gloria en los que comulgan, ellos brillarían como soles. Mas aunque se oculta para preservar la humildad de los que le reciben, todavía salen al exterior algunos resplandores de su gloria. La proximidad de un Santo siempre tranquiliza y produce bienes.

Oid, además, lo que voy á deciros. Cada una de las almas ha recibido en este mundo una misión saludable para con otras almas, y si ha de cumplir esta misión necesita de cierta autoridad proporcio-



nada al fin que debe alcanzar. Esta autoridad moral sólo la halla el alma en la sagrada Comunión; nadie se resiste á quien tiene á Jesús consigo, á quien con sus palabras y obras da á conocer la presencia de Jesucristo. El sacerdote que sólo rara vez dice Misa, tiene su misión propia, como la tienen todos los sacerdotes, pero carece de la autoridad necesaria para cumplirla: el ascendiente sobre los corazones, que los lleva en pos de sí y los convierte, sólo viene de Dios. Más fácil es obedecer á los Santos que á los que no lo son, porque en los Santos se ve una imagen más perfecta de Dios; aun los mismos animales les obedecían. Y si convertían reinos y regiones, no obraban este efecto con sus propias fuerzas, sino mediante la virtud de Jesucristo, á quien habían recibido, y que salía en llamas ardientes del corazón de aquellos varones de Dios. Y la razón era porque sabían recibir á Jesús y conservarle en su corazón, y servirse de Él para gloria del Padre celestial.

He aquí, pues, al hombre rehabilitado en su dignidad por medio de la sagrada Comunión. Sí, dichosa culpa: *o felix culpa!* Aunque estéis degradados y vestidos con pieles de animales en castigo de vuestro orgullo, revestíos de Nuestro Señor Jesucristo. En la sociedad humana, el vestido es la causa del mayor ó menor respeto con que son miradas las personas: cada uno lleva en lugar visible las insignias de su dignidad. Revestíos, pues, de Jesucristo; si estáis revestidos de este vestido de gloria, seréis honrados, y con razón; gozaréis de autoridad en torno vuestro; vuestra autoridad será honrada y amada; esta autoridad es la única que puede ejercer influencia saludable. Zaqueo era despreciado como publicano; mas tan pronto cómo recibió á Jesús, Nuestro Se-

ñor le proclamó hijo de Abraham y tapó la boca á sus calumniadores. Y vosotros que recibís la sagrada Comunión, ennoblecidos sois por el Señor; y vuestras casas, donde lleváis á Jesucristo, dignas son de respeto y de honor.

Esta es la rehabilitación de nuestra dignidad. Bien sé que no hemos vuelto al Paraíso terrenal; pero esté cerrado en buen hora aquel paraíso, que la Comunión es el paraíso, el jardín delicioso donde Dios conversa con el alma fiel; si me ofrecieran el paraíso á cambio de mi condición actual, no lo aceptaría; á pesar de todas mis desdichas, renunciaría á él con tal de conservar la Eucaristía. Tales desdichas no son pecado, y teniendo este Pan divino fácil es sobrellevarlas; con amor no hay penas, y si por ventura las hay, esas penas son amadas.

Dad, sobre todo, vosotras, mujeres cristianas, dad gracias á Dios que tanto os ha ennoblecido, mientras que en el paganismo no érais sino esclavas y máquinas á disposición del hombre. Vuestro título de nobleza está en la Comunión, á la cual tenéis el mismo derecho que el hombre; en la Comunión, que honra vuestros cuerpos y los une al Verbo hecho carne; aquí está vuestro honor: la Comunión os eleva hasta María. Tenéis el derecho de sentaros al banquete divino. ¡Desdichados de vuestros esposos si os impiden recibir este honor! Si llegara algún tiempo en que dejarais de comulgar, volveriais á caer en el miserable estado de donde, gracias á la sagrada Comunión, habéis salido. De aquí procede vuestra grandeza; no veo ninguna otra fuente de donde pueda haber venido. Ahora, en estos tiempos, invéntanse no sé cuántas coronas de virtud y de otras cosas en honor de la mujer; proclámense sus derechos, pídense su

emancipación. Pero sea vuestra corona la gloria de recibir á Jesucristo, y vuestro derecho la libertad absoluta de llegaros á Él en todo tiempo: vuestra gloria consiste en uniros á Jesús sacramentado, esplendor del Padre, en quien y por quien resplandece toda gloria verdadera: procurad, pues, poseerla en toda su plenitud en la patria celestial.



## LA COMUNIÓN; SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

*Dicite pusillanini, confortamini et nolite timere.*

«Tened confianza, hombres pusilánimes, y no temáis.»

(ISA., XXXV. 4.)

### I

**E**l hombre pecador siente instintivamente miedo á la presencia de Dios. Desde el momento en que escucha la voz de Satanás, se esconde, huye de la presencia de su Criador, y no se atreve á responder á su voz.

Este sentimiento de temor es tan natural en nosotros, cuando hemos pecado, que hasta los niños dudan de llegar á su madre, que tan tiernamente los ama, si por ventura la han desobedecido. De tal manera están poseídos de este temor los criminales que huyen de la justicia humana, que se manifiesta en su rostro, y á veces su aspecto basta para convencerlos de su crimen.

Esto mismo, en mayor grado todavía, nos sucede